

Para que los dioses no se aburran



La presente entrega de Digresiones es una suma de relatos a modo de conversación interior, o con un lector muy cercano, a propósito de las vidas y experiencias de sus autores; una muestra de retratos o paisajes personales que destacan por su frescura y espontaneidad, o relatos de cosas, pero también una manera de conocer el mundo de los demás, es decir, un viaje por los pequeños y grandes acontecimientos de los que estamos hechos, tristes o divertidos. Stendhal, ese reconocido escritor

del siglo XIX, se refirió a la novela como un espejo colocado a lo largo del camino. Y los autores de los textos que aquí se reúnen, retomando esas palabras, han querido elaborar con espejos un espacio y un tiempo que nos enseñe no solamente cómo son sus rostros, sino también los nuestros. Pero como ya lo anotamos, no se trata más que de conversar; en modo alguno, de ejercer ninguna autoridad, sino una suerte de confianza para provocar el interés del lector. Las preocupaciones que cruzan por el libro se abordan como en un susurro o un leve rubor. Véanse, en esa línea, los relatos de Fabricio Chicaiza, Jennifer Moreno, Magaly Aguilar, Sebastián Almeida, Édgar Valencia, Jessica Vega o Ariel Herrera; o de la manera que también lo hacen, o insinúan, los textos de Yordy Ramos, Marcos Quilumba o Sebastián Ortiz. Son relatos a la vez privados y generales, melancólicos y vitales, mezcla de Armonía Somers con Alicia que, tras atravesar el espejo, se ha vuelto adulta.

Algunos de los textos que conforman este libro me han llegado especialmente, ya sea por identificación o por conocimiento de los hechos que ahí se narran. No es una mera curiosidad.

Cada autor es un contador de su propia historia. El resultado es un mosaico sincero de relatos, cuya base literaria a veces no está muy clara. Pero eso no importa; lo que importa es que cada autor ha registrado lo que ha visto con sus propios ojos y, a lo mejor, lo que han referido las personas con las que ha ha-

blado: todo ello conforma lo que ha quedado en su ser y eso constituye la riqueza y variedad de estos jóvenes autores.

Roberto Calasso escribió que los dioses se aburren de aquellos hombres que no tienen ninguna historia que contar. Quizá porque las historias que no se cuentan caen en el olvido o llenan de sombras la memoria.

Y es cierto que ninguna sombra vale la pena.

Fabián Guerrero Obando